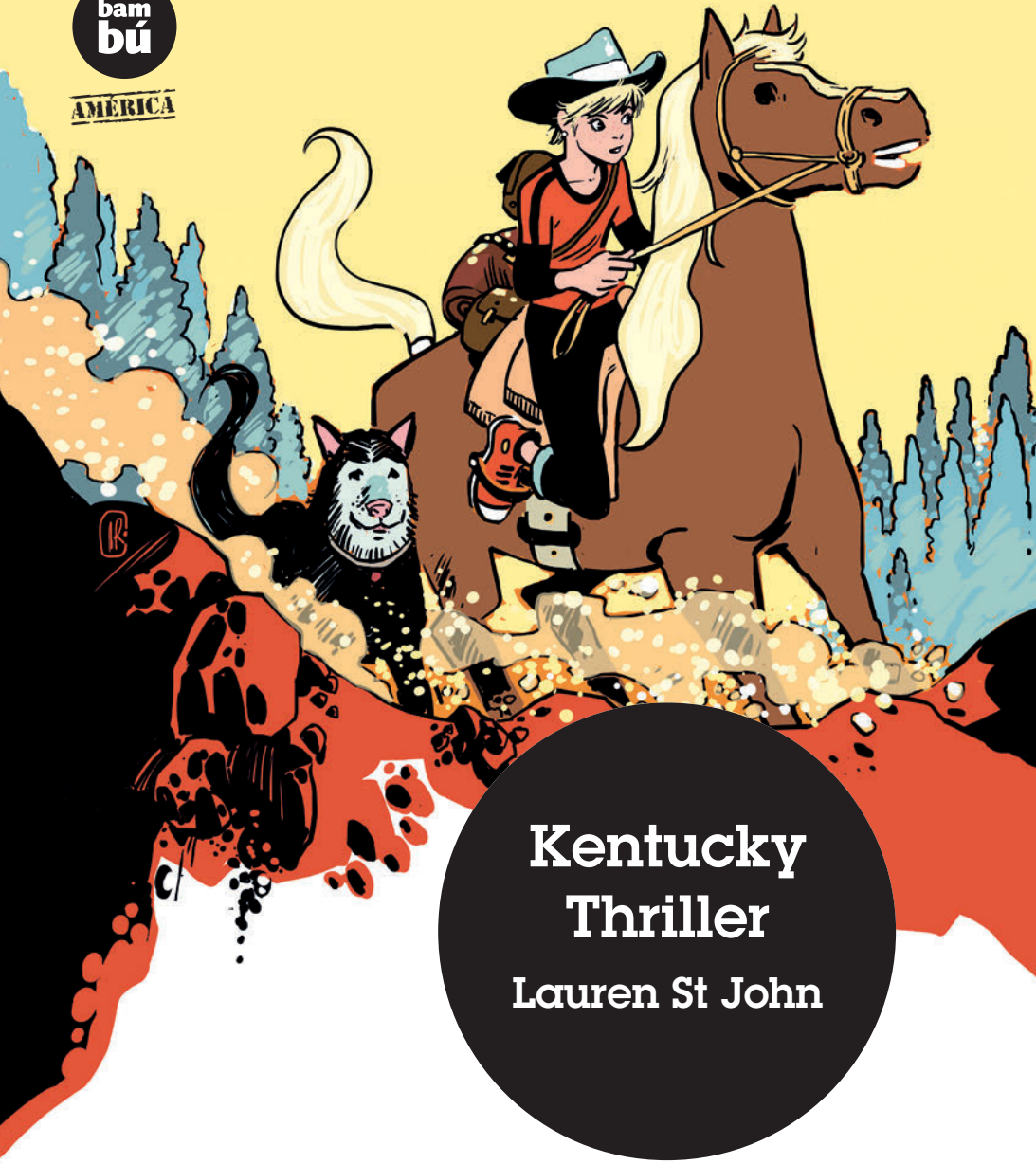


**bam
bú**

AMÉRICA



**Kentucky
Thriller**
Lauren St John



**LOS MISTERIOS DE
LAURA MARLIN**

Kentucky Thriller

*Para Thomas Beattie,
cuyos preciosos purasangres
(especialmente Conciliador)
tanto me inspiraron de pequeña*

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Kentucky Thriller*

© 2012, del texto, Lauren St John
© 2013, de la traducción, María Enguix Tercero
© 2012, de las ilustraciones del interior, David Dean
© 2013, de la ilustración de la cubierta, Allan Rabelo
© 2016, de esta edición, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición en rústica: septiembre de 2016
ISBN: 978-84-8343-429-1
Depósito legal: B-16912-2016
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (conlicencia.com; 0034 91 702 19 70 / 0034 93 272 04 45).



El remolque estaba volcado en la carretera cuando bajaron la loma. Más tarde, a Laura Marlin se le ocurrió que si hubiesen hecho algo diferente aquella mañana, su historia sería la historia de otra persona, solo que con un final completamente distinto, y quién sabe si bueno o malo.

Laura tenía la teoría de que la vida era como un pasaje y que las cosas salían de una manera u otra dependiendo de qué puertas abrieses o de qué puertas se te abriesen. Por ejemplo, el destino podría haber querido que permaneciese para siempre en el hogar infantil de Sylvan Meadows, donde vivió desde que

su mamá murió al darle a luz. En estos momentos podría seguir tranquilamente en su antigua habitación con vistas al estacionamiento, soñando con una vida emocionante y llena de aventuras como las de los personajes de sus libros, cuando en realidad lo único que la esperaba era otra comida de puré de avena pegajoso y verduras blanqueadas.

Por el contrario, en el corredor de la existencia desesperadamente tediosa de Laura se había abierto una puerta, y al otro lado estaba esperándola nada menos que Calvin Redfern, el hermano de su mamá. Era inspector de pesca, aunque parecía el protagonista apuesto pero levemente atribulado de alguna película antigua en blanco y negro. Cuando se enteró de la existencia de su sobrina cinco meses atrás, decidió adoptarla de inmediato. Sin apenas darse cuenta, Laura estaba viviendo en el número 28 de Ocean View Terrace, en St Ives, un pueblo precioso de la costa de Cornualles, había adoptado a un husky que solo tenía tres patas y participaba en todas las aventuras que podía.

Así es como conoció a Tariq, un niño bengalí de Bangladesh, en el sur de Asia, que terminó siendo su mejor amigo. Eran de la misma edad, pero mientras que el pelo de Laura era rubio, su piel clara y aterciopelada, Tariq era del color del caramelo que-

mado y tenía el pelo negro y brillante muy recortado en la nuca. Su infancia brutal como esclavo, primero en una cantera de su país natal y después en St Ives, hasta que fue rescatado por Laura, le había robado unos kilos pero le había infundido mucha fuerza, y era la causa de las sombras que a veces nublaban sus ojos de tigre antes de que su risa fácil las expulsara de nuevo.

Tariq y Laura se pasaban el día juntos y, por eso, fue la primera persona a la que Laura llamó cuando su tío despertó aquel sábado radiante de abril y decidió espontáneamente que debían ir de picnic a Sennen Cove. El día no habría podido pintar mejor si no hubiese sido porque una serie de acontecimientos conspiraron para retrasarlos.

Primero, Tariq llegó veinte minutos tarde. Cuando salía de la casa de sus papás adoptivos cerca de Carbis Bay, un automóvil frenó con un chirrido para no atropellar a un gato, y el muchacho tuvo que ayudar con el animal a su papá adoptivo, Rob Ashworth, que era veterinario de profesión.

Después, Skye se soltó de la correa cuando Laura intentaba meterlo en el automóvil. El perro salió corriendo calle abajo detrás de una gaviota mientras su excéntrica vecina, la señora Crabtree, daba gritos de aprobación. Aquello los retrasó otros ocho minu-

tos, y aún perdieron más tiempo cuando salieron de la casa sin la canasta del picnic y tuvieron que volver a buscarla.

En total llevaban aproximadamente treinta y seis minutos de retraso con respecto a su plan inicial cuando manejaban en zigzag por los soleados campos salpicados de ovejas. Tampoco importaba mucho, puesto que no se ceñían a ningún horario, pero fue el motivo por el que el tío de Laura decidió tomar un atajo.

–Hace tan buen día que es una pena perder un solo segundo –dijo. Poco después se deslizaban por una loma con escasa visibilidad hacia un soto sombreado y por poco acabaron chocando contra un remolque para caballerías.

Si no hubiera sido porque el ex inspector jefe Redfern había participado en numerosas y trepidantes persecuciones cuando era el detective más famoso de Escocia y, por lógica, tenía unos reflejos rápidos, habrían sufrido un choque frontal. Los niños rebotaron contra sus cinturones de seguridad cuando el automóvil dio un frenazo, viró bruscamente y se detuvo patinando bajo un manto de árboles oscuros. La carretera resbalaba más que un vertido de petróleo debido a la lluvia de la noche anterior.

Cuando Laura abrió los ojos, su tío estaba inclinado sobre ella con una mirada ansiosa.

–Laura, ¿estás bien? Menudo susto se han llevado. Gracias a Dios que tú y Tariq llevaban los cinturones puestos. Si les hubiera pasado algo, no me lo habría perdonado nunca. Skye, ¿estás bien? Si todavía eres capaz de lamerme la cara, supongo que sí. Laura, bien hecho por haberte abrazado a él.

Laura salió como pudo del automóvil, magullada, congelada y trémula. Se inclinó sobre Skye, que aulló y le lamió la mano. Tariq estaba pálido bajo su oscura piel. Durante dos largos minutos nadie dijo nada. Calvin Redfern sacó el termo de la canasta de picnic y les sirvió una taza de café caliente y dulce «para calmar la conmoción». A Skye le dio un par de galletas de perro. Después, el trío permaneció en la verde penumbra contemplando el remolque que podría haberlos matado como si fuera una nave espacial hostil que hubiera aterrizado en su camino con la única intención de herirlos.

–Por las marcas del patinazo es fácil saber lo que ocurrió –explicó Calvin Redfern, rompiendo el silencio–. El conductor se desvió para esquivar algo, un conejo o un ciervo, y el gancho del remolque se soltó, haciendo que volcara. Parece viejo y en bastante mal estado para circular. No quiero ni imaginar la clase de lesiones que habrá sufrido el poni, el asno o lo que fuera que llevara ahí dentro. Supongo que el

propietario salió ileso, porque logró marcharse, como indican las pisadas en el barro.

»Me sorprende que tu papá adoptivo no recibiera una llamada, Tariq. Es uno de los mejores veterinarios de la zona. O puede que el remolque estuviera vacío. Será lo más probable, porque no veo huellas de cascos de caballo. En cualquier caso, habría sido de gran ayuda que el conductor llamara para comunicar el accidente y permitir que la policía retirase el remolque siniestrado de la carretera. Debemos actuar rápido para evitar un accidente grave. Laura, ¿te importa que tome prestado tu suéter rojo? Puedes ponerte mi chaqueta. Estás en estado de shock y no quisiera que te enfriases.

Mientras Laura se quitaba el suéter, su tío buscó una rama robusta y le arrancó las hojas. Después de amarrar el suéter a una punta, se lo dio a Tariq.

–Hijo, necesito tu ayuda. Mientras yo llamo a la policía, ¿te importaría colocarte en lo alto de la subida y ondear el suéter como una bandera roja de advertencia si ves que se acercan vehículos? Procura ponerte en el borde. Hay mucha visibilidad viniendo del otro lado, así que pienso que lo que más debe preocuparnos es el cambio de rasante.

Mientras el muchacho se alejaba rápido, Calvin se inclinó sobre su auto para sacar el teléfono celular.

–Laura, hazme un favor y mira el número de placa del remolque mientras llamo a la policía.

–Claro.

No obstante, cuando Laura se acercó al remolque volcado con Skye, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sobre su cabeza, las ramas grises y retorcidas de los árboles se entrelazaban como brazos, el denso follaje negro amortiguaba el trino de los pájaros y tapaba la luz del sol. Cuando rodeó el remolque, observando las ruedas viejas y agrietadas, el cubrerruedas mugriento y el techo desconchado, algo extraño le llamó la atención. No *había* placa. En el hueco donde se suponía que debía estar no había nada. Curiosamente, en la zona de alrededor no había polvo, como si el conductor la hubiese limpiado después del accidente. También vio un par de tuercas en el suelo.

–Espera un minuto, Pete –decía su tío al teléfono. Luego tapó el auricular con la mano–. ¿Cuál es, Laura?

–No hay. No hay placa, quiero decir.

–¿Qué quieres decir? ¿Se cayó por el golpe? –Se acercó a Laura, que percibió el gesto de sorpresa en su rostro. Su tío vio las tuercas en el suelo y el pulido cubrerruedas.– Pete, aquí pasa algo. Han arrancado la placa y es como si alguien se hubiese tomado muchas molestias para eliminar cualquier

huella. Voy a echar un vistazo y vuelvo a llamarte. Entretanto, estaría bien que enviaras una grúa cuanto antes.

Las tres últimas palabras quedaron prácticamente ahogadas por un ladrido espeluznante de Skye, que estaba olisqueando el remolque. Casi de inmediato se oyó un ruido sordo procedente de dentro.

Calvin Redfern se quedó inmóvil.

–No me lo puedo creer.

–¡Creo que vi algo moviéndose! –exclamó Laura, echándose al suelo y escudriñando en la oscuridad del remolque–. Tío Calvin, aquí dentro hay un poni. Me parece que está vivo.

Siguieron dos ruidos violentos que sacudieron el tráiler.

–Vivito y coleando, por lo que se oye. –Calvin Redfern tecleó el marcado rápido de su teléfono.– Voy a llamar a Rob Ashworth. Necesitamos a un veterinario urgentemente. Laura, mete a Skye en el automóvil y cierra las puertas. No queremos que el animal se asuste más de lo que ya está.

Cuando Laura volvió al remolque saltaban astillas. Se agachó e intentó hablarle al poni con una voz tranquilizadora. La cosa funcionó hasta que dos automóviles cruzaron el túnel de árboles. Alertados por las señales de Tariq, aminoraron la marcha, pero

uno llevaba la música a todo volumen y no se molestó en bajarla. El animal se puso a patalear con más fuerza que antes.

Calvin Redfern miró el reloj.

–Faltan por lo menos diez minutos hasta que llegue Rob. Vamos a tener que ayudar a la pobre criatura antes de que se lastime más. Laura, ayúdame a empujar el remolque a un lado de la carretera. Desde luego, está en un estado lamentable. No me sorprendería que el conductor se hubiese largado para librarse de cualquier responsabilidad. Posiblemente pensó que el caballo había muerto.

–Quizá era un ladrón de caballos –sugirió Laura, empujando con todas sus fuerzas las tablas de madera que constituían la caja del remolque. Notó como una cedía.

Pese a la situación, su tío rio mientras intentaba soltar una tuerca con su navaja.

–Leíste demasiadas novelas de Matt Walker –dijo con tono de burla, aludiendo al héroe de Laura, un detective de ficción–. Siempre andas buscando misterios que resolver. Hay muchísimos, es cierto, pero no por estos lares. Dudo que la policía de Cornualles esté abrumada con informes de ponis robados y abandonados en idílicos caminos rurales.

–Si no es así, ¿por qué se habría marchado el conductor abandonando aquí al poni? –preguntó Laura, dando un respingo cuando un ruido volvió a sacudir el remolque, cubriéndola con una ducha de astillas.

–Podría haber un millón de razones. Podía estar bebido. Podía no tener seguro del vehículo. El poni estaba silencioso cuando nosotros llegamos, lo que probablemente significa que yacía inconsciente. Puede que su dueño diera por hecho que estaba herido de muerte o incluso muerto, y decidió que no quería pagar las facturas del veterinario. Hay un sinfín de razones.

Una camioneta asomó por la cuesta con un traqueteo, ahuyentando las sombras con sus faros. Se detuvo con un chirrido al pasar junto a ellos, y un hombre de rostro rubicundo y curtido, de pescador o campesino, se apoyó en la ventanilla.

–¿Necesita ayuda, amigo?

Lo que quiera que hubiese dentro del remolque lanzó una arremetida final contra la madera combada. El lateral estalló como un barco desintegrándose bajo el azote de un huracán. Tariq llegó corriendo por la pendiente.

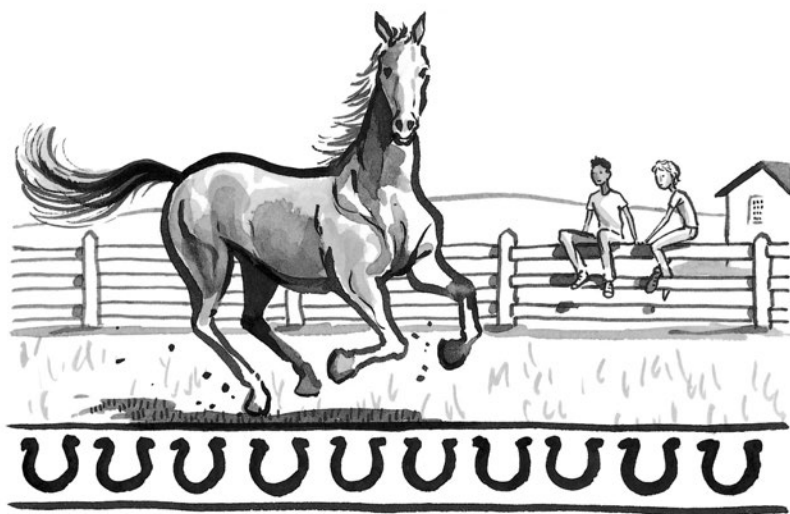
–¿Qué pasa? Sonó como si hubiese explotado una bomba.

Se oyó un relincho furioso y la criatura que había debajo de la madera se agitó y al fin se recompuso. Laura vislumbró una oreja color avellana y un pedazo de las polvorientas crines antes de que la bestia se irguiera sobre sus pies, sacudiéndose los escombros como un fénix surgido de las cenizas.

Laura dejó escapar un grito ahogado. A la blanca luz de los faros, el pelaje del semental era todo destellos y fuego, y sus ollares rojo escarlata. Cada pulgada de su cuerpo se tensaba en un músculo. El animal se plantó en medio de los restos del remolque con su perfección escultural, mirándolos con una mezcla de pavor y orgullo.

Calvin Redfern dio un suspiro.

—No soy un experto, pero yo diría que no es un poni.



–Si no encontramos a su dueño, ¿podemos quedárnoslo?

Laura se sentó a horcajadas en la valla, observando con adoración al semental rojo que galopaba en círculo por el campo que había detrás del Centro Hípico de Carbis Bay. Durante la semana posterior a haberlo rescatado, ella y Tariq fueron a visitarlo a diario después del colegio; era sábado y a Laura aún le costaba creer lo magnífico que era o que les perteneciese temporalmente. Cuando la luz del sol danzaba sobre su pelaje, parecía desprender llamaradas. Al ver a su público, el caballo se desvió hacia

ellos y se detuvo con una cabriola. Laura le tendió una manzana. El caballo la tomó con delicadeza.

Una sonrisa asomó en la comisura de los labios de Calvin Redfern.

—No. Es imposible que nos lo quedemos.

Laura se limpió las manos en los jeans. Su experiencia era que los grandes solían decir que no sin pensarlo. Era lo primero que respondían y Laura casi nunca lo aceptaba sin cuestionarlo.

—¿Por qué no?

Su tío rio.

—¿Cuántas razones quieres que te dé? Para empezar, no puedo costearlo con el sueldo de un investigador de pesca. Llevamos cuidándolo apenas una semana y ya costó una fortuna en medicinas, alimentos y el establo. Si no fuese por la generosidad de Rob, que lo cuida gratis, me habría arruinado. Pero no es solo eso. ¿Quién lo sacará a pasear? ¿Tú y Tariq? ¿Yo? Pronto me las vería con una banda de ladrones armados.

Laura entendía lo que quería decir. Durante la última semana pasó muchas horas felices soñando despierta con establecer un vínculo único con el semental rojo, y ya se veía montándolo a pelo, sobre la espuma de la playa de Porthmeor, en St Ives, despertando la envidia de todos. Se imaginaba sentada en

tándem con Tariq a lomos del caballo rojo mientras el animal los conducía a través de praderas sembradas de amapolas o por el sendero del acantilado que daba a la cala del Muerto, con Skye corriendo a grandes zancadas junto a ellos.

Al mismo tiempo, el semental la intimidaba bastante. Era mucho más alto que ella. Jeanette, la muchacha a cargo del establo, dijo que medía cerca de diecisiete cuartas. Aparte de algunos cortes y magulladuras menores y de un espolón ligeramente inflamado y ya curado, había sufrido muy pocos daños en el accidente, por asombroso que pareciera. Cuando trotaba campo a través, sus grandes pezuñas parecían devorar el suelo con un ritmo furioso. Había en él algo gloriosamente salvaje y casi peligroso.

—¿Estás escuchando una sola palabra de lo que te digo? —inquirió su tío con un tono exasperado.

—Pues claro que sí —dijo Laura, diciendo la verdad a medias. Laura miró a Tariq a los ojos mientras el muchacho tendía un par de zanahorias al caballo y sonrió. Sabía que él también fantaseaba con unas vacaciones estivales llenas de aventuras con el semental rojo y el husky, y sabía que si había alguien que pudiese convertir esa fantasía en realidad, era su mejor amigo. Su papá adoptivo siempre decía que

Tariq tenía mano con los animales. Tenía algo que los ponía contentos.

Calvin Redfern suspiró.

–Laura ¿crees en serio que un caballo como este, un purasangre digno de un rey, no tiene dueño?

–Bueno, no, pero quizá su dueño no podía permitirse mantenerlo o no tenía un seguro y lo agobiaba pensar en la factura del veterinario si resultaba herido.

Su tío frotó las orejas del caballo. El semental rojo ladeó la cabeza y pareció derretirse del gusto.

–Puede, pero es mucho más probable que lo secuestraran para pedir algún tipo de rescate.

Laura lo miró de hito en hito.

–Creí que dijiste que la policía de Cornualles no estaba abrumada precisamente con informes sobre ponis robados y abandonados.

Su tío sonrió.

–Es cierto, lo dije, pero eso fue antes de que la policía de St Ives me llamara con los resultados de las pruebas forenses del remolque.

Laura se inclinó estirando el cuello con tal avidez que casi se cae de la valla. El semental rojo la rozó con la cabeza y Laura perdió su lucha con la gravedad. Aterrizó de pie, riendo.

–¿Y...?

–Pues no hay ninguna.

–¿Quiere decir que no han encontrado pruebas?
–preguntó Tariq–. ¿Ninguna huella dactilar ni de ADN?

–Nada. Dejaron el remolque limpio como una patena. Curiosamente, habían borrado el número de serie en el chasis del remolque, un truco recurrente entre los ladrones de automóviles. Y, a juzgar por la pequeña muesca en el cuello del caballo, arrancaron el microchip que habría servido para identificarlo. Pero lo más peculiar del caso es esto: mi amigo, el detective Pete Watson, rastreó la base de datos de caballos robados y yo hice un par de discretas investigaciones en el mundo de la hípica a través de un amigo mío que es jefe de seguridad en uno de los hipódromos más grandes que existen. Nadie denunció la desaparición de ningún caballo que coincida con la descripción del semental rojo.

El sujeto de su charla sacudió la cabeza, dio media vuelta y salió disparado a galope de carrera. Recorrió el campo describiendo una curva, con las orejas en punta, por el puro placer de hacerlo.

Tariq estaba pasmado por la tremenda velocidad del caballo.

–Cuesta creer que nadie extrañe a un caballo como este si desaparece.

–Si este animal sigue arrancando mi mejor hierba, tendré que cobrarle de más –advirtió Vicky Pendleton, una mujer corpulenta con una cadenciosa melena castaña y un rostro jovial–. El problema es que no tengo establos libres ahora mismo. Iba a sugerirle que lo llevase al Centro Hípico Tip Top, cerca de Penzance, pero los asaltaron anoche, lo cual no inspira mucha confianza que digamos.

Calvin Redfern, que estaba apoyado en la valla observando al caballo, echó un vistazo alrededor.

–¿El Centro Hípico Tip Top? Está hablando de los establos más decadentes de Cornualles. El lugar está a un soplo de desmoronarse. ¿Qué buscaban los ladrones? ¿Clavos oxidados? ¿Una brida unida por una cuerda?

–A saber. No se llevaron nada. Y ya es el tercer establo; bueno, uno de ellos era una hacienda, pero pasó lo mismo.

–¿Ya es el tercero? –apuntó Laura.

Vicky frunció los labios.

–Es el tercer robo en tres noches en un centro de equitación. Dos escuelas de hípica y la hacienda Hidden Bounty, que organiza excursiones en poni. En todos los casos no se llevaron nada y ninguno de los caballos sufrió daños, de modo que los únicos que llamaron a la policía fueron los propietarios del

Tip Top. El agente de policía que fue a verlos les dijo que probablemente se tratara de una travesura de adolescentes o de algún ladrón perezoso.

Laura pensó: «O del conductor del remolque en busca del semental rojo.» Vio una chispa en los ojos de su tío y se preguntó si no estaría pensando lo mismo que ella.

–¿Qué crees que andaban buscando esos ladrones?

Vicky tenía los brazos en jarras.

–Bueno, si buscan dinero, se llevarán una gran decepción si vienen por aquí. Tal y como va el negocio, tendrán suerte si encuentran algunas monedas sueltas debajo del sofá. Aun así, no pienso arriesgarme ni un pelo con mis caballos. Durante las próximas noches, mis sobrinos mellizos se encargarán de vigilar el establo.

Señaló el estacionamiento, donde en ese momento entraba una camioneta Volkswagen de colores. Dos jóvenes con melena de surfista apelmazada por la sal bajaron del vehículo. Tenían los bíceps y el torso turgentes, como si se los hubieran inflado con un bombín de bicicleta.

Calvin Redfern no daba crédito a sus oídos.

–Demonios, Vicky, ¿con quién temes enfrentarte? ¿Con una banda armada? ¿Con una docena de ninjas entrenados?

–Más vale prevenir que curar –contestó Vicky mientras se alejaba para recibir a sus sobrinos, Sam y Scott–. Los dos son cinturón negro de kárate. Ni el mismísimo Bruce Lee podría medirse con ellos.

En opinión de Laura, cuantos más guardaespaldas corpulentos tuviera el semental rojo, mejor. No podía soportar la idea de que se llevaran al caballo otra vez, sobre todo si eran los mismos ladrones que habían estado a punto de matarlo con su imprudencia temeraria al volante. Iba a preguntarle a su tío qué pensaba de los robos en los centros hípicas cuando Tariq dijo:

–¿Qué tienes en la camiseta, Laura?

–¿Dónde?

Laura se examinó la pechera, esperando ver una mancha castaño. Para desesperación de Rowenna, el ama de llaves, se derramaba encima la taza de café matutino con monótona regularidad.

–Mírate la espalda.

Su tío le dio la vuelta para poder inspeccionar las manchas.

–Laura, ¿qué demonios estuviste haciendo? Tienes rayas de color castaño en los hombros. Pareces un tigre escapado de... Ahhh...

Su mirada y la de Tariq se cruzaron y ambos se voltearon para observar al semental rojo que se les

acercaba tranquilamente, con una capa oscura de sudor después de la carrera.

Laura sabía lo que estaban pensando. El caballo le había restregado la cabeza en la espalda. Si había dejado marcas castaño, solo existía una explicación posible. Laura extendió un brazo y frotó la frente del caballo. Unas cerdas de color castaño brillante se desprendieron. La base de las crines era blanca como la nieve.

–Le tiñeron la cabeza para disfrazar su identidad –exclamó agitada–. Tiene una estrella o algo parecido.

–Eso confirma que es robado –dijo Tariq.

Calvin Redfern frunció el entrecejo.

–Pues sí, parece que es el caso. Ahora lo que tenemos que descubrir es quién lo robó y por qué.

Calló de repente.

–Escúchenme, estoy hablando como si aún fuese detective, cuando lo único que hago ahora es arrestar a pescadores que capturan demasiados pescados. Y se supone que ustedes dos tienen que divertirse y permanecer al margen de cualquier problema de una vez por todas. No hace tanto que volvimos del Caribe, donde se embarcaron en suficientes aventuras para colmar una vida entera. Tengamos un poco de paz, para variar.

Luego levantó una mano.

—No te preocupes, Laura, voy a hacer una llamada rápida al detective Watson para decirle que debe buscar al dueño de un semental castaño rojo con una mancha blanca. Pero luego nosotros nos olvidaremos de todo este asunto y nos iremos de picnic, como teníamos previsto la semana pasada. Ahora esto es asunto de la policía.

—¡Pero...! —protestó Laura. No pudo decir más.

Jeanette, la muchacha de las caballerizas, salió corriendo de la oficina del centro hípico, con la rubia melena al viento.

—Señor Redfern, será mejor que venga cuanto antes. Creo que le interesará ver esto.